



**Universidad**  
Zaragoza

## Trabajo Fin de Grado

# **ANÁLISIS DE LA HIPÓTESIS DEL RELATIVISMO LINGÜÍSTICO**

Analysis of the linguistic relativity hypothesis

Autora

Rita Calhau Comín

Director

David Pérez Chico

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Filosofía

2024/2025

# ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	4
<i>1. El origen del problema</i> .....	5
La concepción del lenguaje de Heidegger.....	7
La teoría de la racionalidad comunicativa de Habermas .....	8
El estructuralismo de Saussure .....	9
El realismo metafísico como negación .....	11
<i>2. Cómo abordar el problema</i> .....	12
<i>3. Límites de la hipótesis</i> .....	16
<i>4. Conclusión</i> .....	21
<i>Bibliografía</i> .....	22

*“Any human power can be resisted and changed by human beings. Resistance and change often begin in art, and very often in our art, the art of words.”*

Le Guin, U. K. (2014). Discurso al aceptar la Medalla honorífica por la Contribución a las Letras Americanas en el 65° *National Book Awards*.

## **Introducción**

El lenguaje no solo es un medio de comunicación, sino también un vehículo que moldea la percepción de la realidad. Este vínculo entre lengua, pensamiento y cultura ha sido objeto de estudio de numerosos lingüistas, entre los cuales destacan Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf. Su teoría, conocida como la hipótesis de Sapir-Whorf, la cual dio pie al surgimiento del relativismo lingüístico, plantea que la estructura del idioma que una persona habla influye significativamente en cómo entiende y se relaciona con el mundo.

Este enfoque desafía la idea de que el pensamiento es universal e independiente del lenguaje, proponiendo que nuestras categorías conceptuales están enraizadas en las particularidades de nuestro idioma. El presente trabajo explora los fundamentos del relativismo lingüístico y las implicaciones contemporáneas de esta teoría en el ámbito de la lingüística, la antropología y las ciencias cognitivas.

Mediante el recorrido cronológico que hacen Cristina Lafont y Lorenzo Peña desde la tradición humboldtiana, pasando por el estructuralismo de Saussure, hasta llegar a Sapir y Whorf, veremos el origen de la problemática del relativismo lingüístico. A través de la investigación de estos autores vemos que dicha problemática tiene su origen en la concepción del lenguaje que subyace a la tradición humboldtiana, pues en ella, las diversas lenguas al ser analizadas en su función de apertura del mundo, pasan a ser totalmente determinantes de la experiencia intramundana y por ello, inconmensurables con otras aperturas lingüísticas del mundo.

A la hora de analizar el relativismo lingüístico en este trabajo, vamos a considerar imprescindible revisar los aspectos más importantes de esa concepción del lenguaje que caracteriza el específico “giro lingüístico”. Contrastaremos, a su vez, la hipótesis con su oponente, el realismo metafísico como crítica a ese retorno de la concepción idealista que relativiza el mundo al sujeto.

Gracias a las reflexiones de Antonio Blanco Salgueiro veremos, de manera exhaustiva, las complicaciones del debate y sus limitaciones para así determinar la manera de abordar este problema que tanto ha dado de qué hablar.

## **1. El origen del problema**

Para sentar las bases de nuestra investigación vamos a partir de la definición de Whorf del principio de la relatividad lingüística, negando en primer lugar que el papel del sistema lingüístico básico de cada lengua sea solamente instrumental, al contrario, su papel es el de formador. El sistema lingüístico básico es aquel que forma las ideas, el programa y la guía de la actividad mental de cada individuo. Según Whorf:

Disecamos la naturaleza según las líneas fijadas por nuestras lenguas nativas. Las categorías y tipos que aislamos del mundo de los fenómenos no los encontramos allí porque salten a la vista de cualquier observador; por el contrario, el mundo se presenta como un flujo caleidoscópico de impresiones, que tiene que ser organizado por nuestras mentes, y esto quiere decir, en gran medida, por los sistemas lingüísticos de nuestras mentes. Cortamos la naturaleza, la organizamos en conceptos, y atribuimos significaciones tal como lo hacemos, principalmente porque somos partes de un acuerdo para organizarlo de esta manera —un acuerdo que se mantiene vigente en toda nuestra comunidad de habla y está codificado en los modelos de nuestro lenguaje. (Whorf, 1956, pp. 212 y ss. citado en Casado Velarde, 1988, p. 54)

De esta manera tan metafórica y conceptual introduce Whorf un nuevo principio de relatividad mediante el cual no todos aquellos individuos con sistema lingüístico básico son capaces de experimentar la misma representación del universo a partir de una misma evidencia física, a no ser que compartan bases lingüísticas similares.

La hipótesis de la relatividad lingüística se conoce comúnmente como Hipótesis de Sapir-Whorf, pero en realidad podría llamarse también Hipótesis de Hamann-Herder-Humboldt, en honor a los filósofos alemanes que la formularon a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX como parte de una crítica a la filosofía universalista de Kant.

Todo comienza con el “giro lingüístico” de Hamann que, al criticar a Kant, propone un cambio importante en la manera de entender la relación entre la sensibilidad y el entendimiento. Mientras Kant busca la raíz común entre estas dos facultades, Hamann señala que esa raíz se encuentra en el lenguaje. Según Hamann, el lenguaje no solo tiene un carácter empírico, sino también trascendental, lo que implica que el lenguaje no es simplemente una herramienta, sino que desempeña un papel fundamental en la formación de la experiencia. Por tanto, aquello que tradicionalmente se atribuía al concepto kantiano del “yo trascendental”, como la constitución de la experiencia o del mundo, puede ser visto ahora como un producto del lenguaje.

Al producirse esta *destranscendentalización*, aparecen una diversidad de perspectivas o aperturas del mundo inherentes a las lenguas históricas que son igual de contingentes e históricamente cambiantes que éstas. De esta manera, se elimina también la posibilidad de un mundo objetivo y unitario de entidades extralingüísticas. Hamann afirma que a cada lenguaje natural le pertenece una constitución propia del mundo, es decir, que los diferentes lenguajes ofrecen perspectivas del mundo inconmensurables entre sí. Por ello, el giro lingüístico puso en duda la posibilidad de alcanzar un entendimiento universal. Aunque Hamann no desarrolló explícitamente estas ideas relativistas, su crítica sentó las bases para las posteriores reflexiones sobre el lenguaje.

El problema del relativismo lingüístico lo encontramos muy presente en una de las tesis centrales del planteamiento de Humboldt, a quien se suele nombrar como el precursor de la hipótesis de Sapir-Whorf. Dicha tesis constituye una crítica a la concepción tradicional del lenguaje como un instrumento para designar entidades extralingüísticas ya que reduce las capacidades del lenguaje a su función designadora, ignorando su papel fundamental en la estructuración del pensamiento. P. T. Geach considera que esta reducción es problemática porque confunde dos relaciones distintas: ser un nombre de algo y ser un predicado de algo. Humboldt rechaza esta crítica y en su lugar, introduce una distinción que puede considerarse el elemento principal en su ruptura con la concepción del lenguaje como un instrumento mediador entre pensamientos prelingüísticos y objetos igualmente extralingüísticos. Esta diferencia implica que el lenguaje no puede explicarse únicamente como una relación directa entre nombres y objetos, rompiendo así con el paradigma tradicional. Mediante esta separación, Humboldt asimila los nombres a los predicados, lo que implica que los nombres no designan objetos directamente, sino que se relacionan con conceptos generales. Cabe destacar que para Lafont y Peña, esto no supone una defensa del relativismo lingüístico.

Esto, nos lleva a suponer que si los conceptos generales determinan las referencias lingüísticas, solo queda empero adoptar un realismo metafísico que permita una correspondencia entre el lenguaje y la realidad, mediada por el propio lenguaje; sino, resulta inevitable un enfoque idealista según el cual los individuos conviven con los objetos exclusivamente tal y como el lenguaje los presenta. Por tanto, esto conduce a la idea de que si el mundo al que nos referimos depende completamente de nuestros conceptos lingüísticos, se vuelve difícil explicar cómo es posible referirse a un mismo mundo desde diferentes lenguas o esquemas conceptuales. En este sentido, la concepción

humboldtiana del lenguaje recae en la unilateralidad que le reprochaba a la concepción tradicional.

### **La concepción del lenguaje de Heidegger**

Heidegger sigue paso por paso el camino de Humboldt (en su crítica a la concepción del lenguaje como instrumento) considerando el lenguaje como el ámbito desde el cual se define lo que puede aparecer en el mundo. Para Heidegger el lenguaje es apertura al mundo, y esta apertura no es secundaria, sino el fundamento último que determina cómo las cosas son interpretadas y comprendidas por una comunidad lingüística. Así, la esencia de las cosas está condicionada por el lenguaje, que las hace posibles al situarlas dentro de un horizonte de comprensión. Este enfoque lleva más lejos las ideas de Humboldt, quien también destacó el papel constitutivo del lenguaje, pero sin radicalizarlo al punto de atribuirle un carácter absoluto.

La base de la concepción del lenguaje de Heidegger consiste en que “nuestra relación con la realidad está simbólicamente mediada” por lo que no se necesita nombrar una propiedad específica para interpretar algo, sino que basta con identificarlo como algo en el contexto de un mundo compartido. Este acto de identificación, según Heidegger, implica una atribución de sentido y, por ende, una determinación del ser del ente.

La concepción de la referencia como una relación que sólo es posible a través del sentido o del significado, que ya encontramos en Humboldt, es la que subyace precisamente al “descubrimiento” de Heidegger: según el cual la estructura del “algo como algo” no aparece por primera vez con la predicación sino que puede encontrarse ya en el puro referirse antepredicativamente a objetos por medio de nombres. (Lafont y Peña, 1999, p. 197)

Heidegger sostiene que toda designación en el lenguaje conlleva una atribución implícita, es decir, una atribución que determina la esencia de lo designado. Nombrar algo no solo consiste en designarlo, sino en establecer su esencia al inscribirlo en el horizonte lingüístico de apertura al mundo. Por tanto, el lenguaje crea el espacio de sentido en el que las cosas pueden aparecer como tales. Esto implica la tesis de que el lenguaje no solo hace posible la experiencia del mundo, sino que la condiciona de manera absoluta. La apertura del mundo que cada lengua posibilita determina la manera en la que los entes serán interpretados, y esta apertura es, para Heidegger, irrevisable desde el conocimiento intramundano que el propio lenguaje hace posible. Esto significa que el lenguaje, en su

papel constitutivo, está completamente inmunizado frente a cualquier cuestionamiento basado en la experiencia.

Sin embargo, esta posición tiene implicaciones significativas para la objetividad del conocimiento. Al supeditar la comprensión del mundo a los límites de un lenguaje particular, se elimina la posibilidad de trascender estos límites para acceder a una realidad independiente del lenguaje. Esto dificulta la defensa de la objetividad, ya que ni las referencias de nuestros términos ni las verdades de nuestros enunciados pueden afirmarse como universales o independientes del contexto lingüístico. Una posible forma de recuperar esa objetividad es a través del realismo metafísico mediante el cual, el acceso a las cosas puede estar mediado por el lenguaje, pero la realidad misma sigue siendo independiente de esta mediación. Esto asegura que nuestras afirmaciones puedan tener un alcance más allá de los límites de un lenguaje o contexto específico, manteniendo la posibilidad de un conocimiento objetivo.

Para Heidegger, pues, la cuestión de la referencia de los términos o de la verdad de los enunciados sólo puede plantearse en el interior de una determinada apertura lingüística del mundo, sólo pareciendo entonces viable la conmensuración de aperturas lingüísticas diferentes por la vía —a la que recurriera Humboldt— de adoptar la perspectiva del «ojo de dios» —dicho en términos de Putnam—, vía inconsecuente en el marco de una filosofía que se empeña en rehuir el realismo metafísico. (Lafont y Peña, 1999, p. 199)

### **La teoría de la racionalidad comunicativa de Habermas**

Jürgen Habermas postula su teoría de la racionalidad comunicativa, apoyándose en una concepción humboldtiana del lenguaje, mediante la cual busca superar la dicotomía entre un idealismo relativista y un realismo metafísico a través de su “reconstrucción de las presuposiciones pragmático-formales de la comunicación” (Lafont y Peña, 1999, p. 199). Según Habermas, el conocimiento del mundo está siempre mediado por el lenguaje y, aunque no es posible acceder al “mundo en sí” de manera no mediada, tampoco se debe reducir la realidad al lenguaje. El lenguaje no agota la realidad, sino que nos permite referirnos a un mundo cuya existencia es independiente y cuya comprensión es siempre falible.

La formulación de un mundo objetivo común como un supuesto formal que no implica una verdad metafísica, permite la crítica y la cooperación intersubjetiva, ya que la comprensión del mundo es el resultado de “una negociación cooperativa de

definiciones de la situación” (Habermas, 1987, 103, citado en Lafont y Peña, 1999, p. 200). Habermas critica tanto el relativismo lingüístico como el realismo metafísico, el cual considera que la realidad objetiva es independiente del lenguaje sin reconocer su mediación lingüística. En su lugar, propone que el lenguaje abre un acceso al mundo independiente, pero siempre sujeto a interpretaciones revisables.

El conocimiento y las descripciones lingüísticas del mundo son revisables y nunca definitivas, lo que implica que el saber humano es intrínsecamente falible. La propuesta de Habermas evita tanto el idealismo relativista como el realismo metafísico, al afirmar que la suposición de un mundo objetivo no niega que nuestra relación se encuentre mediada simbólicamente. Más bien, recalca que la comunicación y la crítica dependen de este supuesto de objetividad compartida, sin caer en una visión reduccionista del mundo. Cristina Lafont opina que un enfoque como el propuesto por Habermas resulta una alternativa más adecuada que el realismo metafísico, pues considera que la noción de un “mundo en sí” es contradictoria. En cambio, Lorenzo Peña argumenta que dicho enfoque enfrenta dificultades ineludibles y que solo la adopción de un realismo metafísico puede proporcionar una respuesta convincente al relativismo lingüístico humboldtiano.

### **El estructuralismo de Saussure**

Hasta el surgimiento de la lingüística chomskiana toda la ciencia lingüística anterior había seguido la línea estructuralista instaurada por Ferdinand de Saussure, considerado uno de los aliados de la tesis relativista. Esta consideración surge a partir del énfasis por parte de algunos autores en situar las raíces de la teoría relativista en la lingüística del XIX y más concretamente en la obra de Saussure, para quien las lenguas estructuran la percepción del mundo de manera arbitraria.

La lingüística estructural sostiene que las lenguas no reflejan cortes naturales en la realidad, sino que imponen divisiones artificiales y convencionales. Por ejemplo, la nomenclatura de los colores en diferentes idiomas varía ampliamente, mostrando que no hay una correspondencia directa entre el espectro de luz y los nombres de los colores. Esto sugiere que aceptar que cada lengua refleja una “verdad” de la realidad llevaría a una inflación ontológica y a una regresión infinita, en la que habría infinitas maneras de dividir lo real. Las lenguas gramaticalizan ciertos aspectos del mundo, obligando a sus hablantes a percibirlo de formas específicas. Por ejemplo, algunos idiomas marcan tiempos verbales (pasado, presente, futuro), mientras que otros se centran en aspectos como la duración o el inicio de una acción. Esto implica que los hablantes de estos

idiomas no piensan en términos de tiempo de la misma manera que aquellos que hablan lenguas con tiempos gramaticalizados. “En la medida en que esas grandes agrupaciones de cosas condicionan una organización imaginaria de lo real, es verdad (...) que cada lengua entraña una determinada visión del mundo” (Lafont y Peña, 1999, p. 204).

La arbitrariedad de estas divisiones es más evidente en las categorías gramaticales, porque afectan conceptos fundamentales. Un idioma puede obligar a distinguir entre singular, dual, trial y plural, mientras que otro solo distingue entre singular y plural. Esto no solo afecta la gramática, sino también cómo los hablantes conceptualizan el mundo, ya que cada lengua organiza las experiencias y las entidades de ciertas formas que no tienen un correlato directo con la realidad.

### **Lenguas de clase**

El auge de la concepción relativista puede vincularse con el apogeo del nacionalismo en el que el idioma parecía convertirse en el denominador común de los miembros de una nación. Esta visión, enfrentada por Karl Vossler (Lafont y Peña, 1999, p. 208), buscaba defender la idea de que una lengua nacional unifica a una nación y refleja su visión particular del mundo. Vossler rechazaba tanto la negación de las peculiaridades culturales de una lengua nacional como su división en dialectos de clase social, tendencia que empezaba a ser explorada por algunos sociolingüistas.

Con la Revolución Rusa de 1917, surge una escuela lingüística liderada por N. I. Marr que influido por el marxismo, vinculó la evolución lingüística con la estructura social y las transformaciones de las sociedades humanas. Aunque esta perspectiva podía justificar el colonialismo al asumir la superioridad de lenguas europeas, Marr se propuso reivindicar el valor de las lenguas marginadas bajo el régimen zarista, en línea con los objetivos soviéticos de rehabilitar las lenguas oprimidas. No obstante, este enfoque chocaba con el marxismo oficial, que buscaba mantener una unidad ideológica que trascendiera las clases sociales. Marr y sus discípulos postularon que el lenguaje, como superestructura al igual que la filosofía o la política, tenía un carácter de clase ya que algunos términos adoptaban sentidos distintos en contextos burgueses y proletarios. Incluso cuando los significantes coincidían, los significados variaban según el contexto de clase, lo que minimizaba cualquier elemento compartido entre las *lenguas* de diferentes clases sociales.

Años más tarde, Stalin intervino en el debate y desarrolló una polémica contra las tesis lingüísticas que reivindicaban la existencia de una lengua específica para cada clase

social. Afirmó que la lengua no es una superestructura que cambia según los intereses de clase, sino un medio de comunicación que trasciende las clases sociales, argumentando que aunque existen diferencias en la forma de hablar de los grupos sociales, estas son solo variaciones menores dentro de una lengua nacional común.

### **El realismo metafísico como negación**

El realismo metafísico surge como una respuesta al idealismo alemán y a la versiones más extremas del relativismo lingüístico. Los defensores del realismo metafísico parten de dos premisas fundamentales: que el mundo tiene una existencia independiente de nuestra percepción, lenguaje y pensamiento; y la diferencia entre el signo y lo designado. La realidad objetiva es la base para la validez de la idea de un mundo objetivo común, pues sin ella, las presuposiciones de un mundo objetivo carecerían de fundamento. Las posturas que pretenden reducir la objetividad del mundo a construcciones idealizadas derivadas de presuposiciones intersubjetivas, no son más que un retorno a la concepción idealista que relativiza el mundo al sujeto. Respecto a la distinción entre el signo y lo designado, tiene como condición que lo designado exista, es decir, un signo carecerá de significado si no se refiere a algo que verdaderamente está presente en la realidad. Sin esa conexión, el lenguaje quedaría en un ámbito de abstracción desconectado del mundo.

Para el realismo metafísico resulta ilusorio la posibilidad de construir un mundo idéntico para todos los participantes en el proceso comunicativo únicamente a partir de las pretensiones contrafácticas de la intersubjetividad. De la misma manera que no cabe admitir la presuposición de un mundo meramente formal y sin contenido. Este planteamiento se cuestiona desde el rechazo a caer en un fundacionalismo rígido, puesto que para los realistas metafísicos, reconocer la existencia de un mundo independiente de nuestro lenguaje y pensamiento no implica abrazar el infalibilismo ya que nuestra comprensión del mundo está mediada por nuestras capacidades cognitivas y es revisable.

A diferencia de los idealistas, los realistas metafísicos insisten en que la aceptación de que nuestro acceso al mundo no es directo, sino que está mediado por el lenguaje, implica que la manera en que nos relacionamos con la realidad siempre está atravesada por nuestras descripciones, conceptos y construcciones lingüísticas.

## **2. Cómo abordar el problema**

Antonio Blanco Salgueiro define, en un primer lugar, la relatividad lingüística de una manera vaga e informal: “la relatividad lingüística es la idea de que las personas que hablan lenguas o variedades diferentes piensan y actúan, como resultado de ello, de modos distintos, que se correlacionan con las respectivas pautas lingüísticas” (Blanco Salgueiro, 2017, p. 29).

La hipótesis de la relatividad lingüística surge, según Salgueiro, como el resultado de combinar dos tesis distintas e independientes, pero ninguna de ellas implica por sí misma la hipótesis de la relatividad lingüística. Esas tesis son: la Tesis del Impacto Cognitivo del Lenguaje y la Tesis de la Diversidad Lingüística. Una parte de las dificultades a la hora de plantear el problema de la relación entre el lenguaje y pensamiento tiene su origen en que la cuestión se ha tratado como un sólo problema, cuando en realidad son varios que están entrelazados.

La Tesis del Impacto Cognitivo del Lenguaje versa sobre hasta qué punto el lenguaje en general tiene un impacto más o menos importante, o más o menos global, sobre el pensamiento (Blanco Salgueiro, 2017, p. 15). En cambio, la tesis de la Diversidad Lingüística se encuentra contenida en la propia problemática de la relatividad lingüística puesto que el relativismo lingüístico trata de si esa diversidad lingüística repercute de algún modo sobre el pensamiento.

La dificultad para plantear la cuestión se halla de manera inmediata al intentar formular la cuestión misma, puesto que, como defiende Salgueiro, encontramos un problema a la hora de utilizar las resbaladizas palabras “lenguaje” y “pensamiento”. A su vez, cabe destacar que aclarar la relación entre el lenguaje y el pensamiento y aclarar los conceptos de lenguaje y pensamiento no son dos proyectos filosóficos independientes. (Blanco Salgueiro, 2017, p. 17)

El problema que nos ocupa se formula de muy distintas formas (...). Se pregunta a veces si el pensamiento está constitutivamente *enredado*, *enlazado* o *vinculado* con el lenguaje, o si es *moldeado*, *configurado* o *conformado* (*shaped*) de acuerdo con el lenguaje, o si es *canalizado* o *encauzado* por el lenguaje, o si es *dependiente* del lenguaje, o si el lenguaje está *implicado* o *involucrado* (*involved*) en el pensamiento. O, por el contrario, si el pensamiento es *independiente* del lenguaje, o si es *autónomo* con respecto al lenguaje, e incluso si se da la relación inversa: si es el lenguaje el que está totalmente *supeditado* al pensamiento individual de los hablantes, siendo un mero reflejo (...) del mismo (Blanco Salgueiro, 2017, pp. 16-17).

Ambos términos varían de significado históricamente por lo que el problema comienza siendo semántico. Es necesario, por tanto, delimitar el ámbito en el que se van a emplear los términos.

La forma más interesante y útil de plantear la relación entre lenguaje y pensamiento debe partir de la diferencia entre la función comunicativa y la función cognitiva del lenguaje. La cuestión del uso es relevante para nuestro debate, ya que, aunque la atención teórica suele centrarse en el uso comunicativo o social del lenguaje, el impacto cognitivo del lenguaje o de las lenguas puede abordarse desde la perspectiva de su posible uso cognitivo intraindividual, y no interindividual. Los defensores de esta “concepción cognitiva” del lenguaje, sostienen que éste no solo expresa pensamientos autónomos, sino que también los afecta o los constituye. Según Carruthers y Boucher hay una diferencia entre considerar el lenguaje necesario para ciertos pensamientos y afirmar que algunos pensamientos están constituidos lingüísticamente.

La visión filosófica tradicional considera el pensamiento como algo interno y el lenguaje como su medio externo de expresión, asumiendo que el primero es autónomo e independiente del segundo. Wittgenstein cuestiona esta idea aduciendo que no podemos separar el pensamiento del lenguaje que lo articula. Whorf llama a esta perspectiva tradicional “lógica natural”, que es propia del monolingüismo y que ignora cómo distintas lenguas pueden influir en el pensamiento. Según él, los lingüistas multilingües podrían experimentar directamente estas diferencias cognitivas y validar la hipótesis de la relatividad lingüística. Por otra parte, Jackendoff sostiene que pensamos que nuestras ideas son lingüísticas porque los pensamientos no verbales, al ser inconscientes, pasan inadvertidos. Carruthers defiende la intuición de que pensamos con palabras, basándose en la experiencia introspectiva. En resumen, no hay consenso tampoco acerca de cuál sea la imagen intuitiva o de sentido común que podría servirnos como punto de partida, ya fuese para reivindicarla, ya para criticarla (Blanco Salgueiro, 2017, p. 23).

El debate sobre la relación entre el lenguaje y el pensamiento enfrenta obstáculos metodológicos que complican su análisis. Este problema no es puramente filosófico, ya que involucra ciertas preguntas empíricas sobre cómo el lenguaje influye en la mente humana, su flexibilidad y diversidad en miles de lenguas, reflejando nuestro carácter “bio-lingüístico-cultural” (Blanco Salgueiro, 2017, p. 52). En un principio, autores como Humboldt, combinaron la reflexión filosófica con la investigación empírica para abordar este tema, mientras que las posturas actuales se dividen entre quienes lo consideran un debate conceptual y quienes lo ven como una cuestión empírica desde el naturalismo.

Por un lado, Étienne Gilson defiende que este es un problema exclusivamente filosófico, argumentando que los científicos invaden un terreno ajeno. Por otro lado, Carruthers plantea que el debate debe centrarse en vínculos causales entre lenguaje y pensamiento, desechando implicaciones conceptuales necesarias. Este enfoque permite analizar si el pensamiento humano consciente depende del lenguaje natural. Carruthers contrasta con la tradición filosófica al priorizar las conexiones empíricas sobre las conceptuales. Una perspectiva conciliadora, como la de Davies, distingue entre vínculos ontológicos, epistemológicos y analíticos. Mientras que el interés principal radica en si puede haber pensamiento sin lenguaje (dependencia ontológica), también se examinan las posibilidades de conocer el pensamiento sin recurrir al lenguaje o analizar conceptos mentales sin términos lingüísticos (Blanco Salgueiro, 2017, p. 53).

Salgueiro nos advierte de que las cuestiones conceptuales y empíricas están entrelazadas por lo que la investigación no puede ser puramente filosófica o empírica. Argumenta que incluso en reflexiones conceptuales se recurre a evidencias empíricas informales, y los experimentos mentales, aunque útiles, no resuelven el problema. Además, critica la falta de rigor científico en algunos defensores de la diversidad lingüística como Whorf. También, la ciencia ficción ha alimentado ciertas ideas que se han usado para defender la diversidad lingüística. Esto explica por qué lo que Pullum llama “la estafa” de los nombres de la nieve en esquimal no resulta problemático para algunos filósofos puesto que si el debate es más conceptual que empírico, no importa cuántos términos para la nieve existan realmente en una lengua, sino cuántos podemos imaginar y cómo nos afectaría tener más de los que tenemos. Aunque se enfatiza la diversidad léxica, lo que se sugiere es que esta implicaría también una diversidad cognitiva, diferenciando a hablantes de lenguas exóticas imaginadas de los de lenguas más comunes en su capacidad para discriminar tipos de nieve. Sin embargo, a veces la imaginación se queda corta porque la realidad supera a la ficción (Blanco Salgueiro, 2017, p. 56).

Salgueiro concluye que, aunque se inclina hacia el naturalismo, considera que distintas perspectivas filosóficas pueden aportar valor al problema. Ciertos aspectos, como los debates entre internismo y externismo en la filosofía del lenguaje y la mente, exigen reflexión filosófica, donde los experimentos mentales y la clarificación conceptual son esenciales. Sin embargo, también es necesario considerar críticamente las contribuciones de disciplinas como la lingüística, la psicología, la antropología y la

biología evolutiva, entre otras, ya que abordan estas cuestiones desde perspectivas diversas y sin requerir permiso filosófico.

Esto no implica que los datos empíricos resolverán por completo la relación entre lenguaje y pensamiento, ni que el problema sea meramente conceptual. La complejidad del tema demanda un análisis detallado de los conceptos implicados, pues los términos se emplean de formas diversas según los modelos teóricos. Muchas veces, los desacuerdos, como el de si el pensamiento está subordinado al lenguaje o es completamente autónomo, tienen raíces conceptuales o semánticas más que empíricas. Distinguir hipótesis, reconstruir argumentos implícitos y reconocer falacias comunes es clave para abordar esta diversidad de posturas.

En conclusión, la relación entre lenguaje y pensamiento es un tema complejo que requiere un enfoque pluralista que permita explorar diversas hipótesis sin caer en posturas absolutas, reconociendo la complejidad del tema y la necesidad de enfoques matizados.

### **3. Límites de la hipótesis**

Manuel Casado Velarde hace una valoración del relativismo lingüístico de Whorf criticando, en primer lugar, su teoría de que los hopis tienen un idioma mejor constituido para tratar los fenómenos vibratorios en comparación con nuestra reciente terminología lingüística. Esto para Velarde es mera especulación puesto que sea cual sea la lengua que se utilice para tratar de describir la experiencia, el pensamiento lógico adoptará de la misma manera los desarrollos científicos, por lo que puede decirse que la razón se vuelve independiente de las estructuras lingüísticas particulares y no de la lengua (Casado Velarde, 2010, p. 55).

En segundo lugar, la teoría de Whorf queda fácilmente desarticulada en el contexto actual ya que, al centrar toda su teoría en la estructura gramatical y las correspondientes categorías que dicha estructura impone en el pensamiento y comportamiento humanos; ahora sabemos que la “modelación” lingüística no se reduce a la fonología y a la gramática sino que el vocabulario posee también una organización y una estructura propias. Además de que, actualmente, es aún más difícil justificar la influencia que ejercen las categorías gramaticales sobre nuestro pensamiento ya que son más generales, profundas y fundamentales que los elementos léxicos (Ullman, 1968, p. 257 cfr. Casado Velarde, 2010, pp. 55-56).

Salgueiro reflexiona sobre las implicaciones del relativismo lingüístico y cómo estas dependen de qué tan extrema sea la interpretación de la hipótesis. Afirma que las consecuencias más extremas o controvertidas del relativismo lingüístico suelen derivarse de las interpretaciones más radicales de esta teoría. Sin embargo, estas consecuencias no se desprenden de manera tan clara o con la misma implausibilidad de las versiones más moderadas.

El argumento de la traducción es el argumento más utilizado por los detractores de la relatividad lingüística para inferir que la capacidad de traducir conceptos fundamentales demuestra que las estructuras lingüísticas no condicionan de manera determinante el pensamiento. Por ejemplo, señalan que textos como la Biblia han sido traducidos a múltiples idiomas, lo que demuestra que el contenido puede expresarse de la misma manera sin importar las diferencias lingüísticas. Ahora bien, esta idea se enfrenta a importantes críticas. Pinker acusa a Whorf de manipular las traducciones de los hopi al inglés para hacerlas parecer más extrañas o inexactas de lo que realmente son. En el lado opuesto, hay quien señala que los traductores pueden imponer estructuras de su propia

lengua sobre la lengua original, creando una traducción aparentemente fluida pero que puede distorsionar los matices originales.

Los defensores radicales de la relatividad lingüística, como Steiner, argumentan que las traducciones son inevitablemente aproximaciones, interpretaciones o incluso tergiversaciones. Según ellos, cada lengua refleja una visión del mundo única e incomunicable en su totalidad a través de otra lengua, llegando a ser las traducciones entre lenguas muy diferentes algo así como aproximaciones engañosas.

Wittgenstein ve la traducción como un juego de lenguaje más cuyo funcionamiento depende de la similitud entre las formas de vida de las culturas involucradas, por lo que la traducción no solo dependería del lenguaje, sino también del contexto cultural compartido. Franz von Kutschera, plantea dos objeciones a la teoría de Whorf. Por un lado, critica que si la lengua realmente fija nuestra interpretación del mundo, sería imposible comprender o traducir los conceptos de una lengua radicalmente distinta. Y por otro, observa que las estructuras gramaticales básicas de las lenguas tienden a permanecer estables, incluso cuando las culturas cambian, lo que debilita la idea de que las estructuras lingüísticas determinen de forma directa y permanente la experiencia (Casado Velarde, 1988, p. 56)

Velarde, por su parte, critica la formulación de Whorf, argumentando que las lenguas predisponen el pensamiento, pero no lo determinan completamente. Coincide con Humboldt y Ullmann en que todas las lenguas pueden expresar cualquier idea, aunque algunas lo hagan con mayor facilidad que otras. Y concluye que las lenguas abordan los mismos temas, pero lo hacen de maneras diferentes, destacando que, aunque una lengua haga distinciones que otra no hace, esta última puede adaptarse añadiendo detalles. De este modo, refuta la idea de una intraducibilidad absoluta.

De la misma manera que se alega que las formas radicales de relatividad lingüística conducen a que uno esté “aprisionado en la propia lengua” (Blanco Salgueiro, 2017, p. 33), existen versiones aún más fuertes de la hipótesis relativista. Una de ellas, basada en la tentativa de que estamos atrapados en nuestra lengua nativa, consiste en la imposibilidad de aprender una nueva lengua. Este argumento es fácilmente cuestionable por el hecho de que muchas personas logran aprender nuevos idiomas, aunque con limitaciones en aspectos ajenos a su lengua materna. Además, los mecanismos de aprendizaje lingüístico operan durante toda nuestra vida por lo que, “siempre es posible adquirir nuevas formas de lenguaje que condicionen nuevas formas de pensamiento” (Blanco Salgueiro, 2017, p. 33).

Incluso Whorf, que no pudo haber previsto este argumento, promovió el multilingüismo como un medio para ampliar los modos de hablar y pensar, lo cual contradice este argumento. Pero en realidad, este argumento parece ser más bien una crítica de los detractores de la relatividad lingüística para señalar sus supuestas debilidades. No obstante, los relativistas lingüísticos deberían explicar cómo la relatividad lingüística se compatibiliza con la flexibilidad cognitiva y el carácter dinámico entre lenguaje y pensamiento.

Otra de las versiones extremas de la hipótesis consiste en que al estar el pensamiento humano tan fuertemente condicionado por el lenguaje, este acaba limitando la libertad de pensar. Según la hipótesis de la relatividad lingüística, el lenguaje no solo estructura el pensamiento, sino también las emociones y la personalidad, como destacó Víctor Klemperer al analizar el uso del alemán en el nazismo para manipular inconscientemente a las masas (Blanco Salgueiro, 2017, p. 34). Los defensores de este argumento sostienen que el lenguaje influye de manera inconsciente, generando una falsa sensación de libertad en el pensamiento. Sin embargo, posiciones más moderadas reconocen esta influencia pero arguyen que es posible escapar de ese condicionamiento mediante un “control consciente de las pautas lingüísticas que afectan inconscientemente al pensamiento habitual”, como sugiere Whorf (Blanco Salgueiro, 2017, p. 34).

Para Humboldt, lo que había era una relación dialéctica entre las restricciones de pensamiento impuestas por la lengua nativa y la libertad de expresión individual. Mientras, Gadamer fue más allá al intentar evitar este problema postulando vías de apertura que permitirían ampliar los límites lingüísticos desde los que interpretamos el mundo. Una versión extrema de la relatividad lingüística que concibe las lenguas como sistemas cerrados y determinantes, es poco aceptada, por lo que es más común admitir que existe una flexibilidad que permite al pensamiento ir más allá de las limitaciones del lenguaje. La resistencia a esta idea viene especialmente de las democracias occidentales, y se relaciona con el rechazo a la idea del condicionamiento inconsciente. De una manera un tanto idealista, se podría evaluar la relatividad lingüística no solo por argumentos o evidencias empíricas, sino también considerando sus implicaciones éticas y prácticas, como propone Lakoff (Blanco Salgueiro, 2017, p. 36).

Contra las teorías de Marr y Stalin, que hemos visto anteriormente, los defensores de la autonomía del pensamiento respecto al lenguaje sostienen que las lenguas son neutrales ideológicamente, y que las ideologías son construcciones culturales que se expresan a través de las lenguas, pero no se inducen por ellas. Al respecto, se puede

argumentar que la clase dominante impone sus modos de hablar impidiendo que las clases dominadas construyan un lenguaje que refleje sus intereses. Surge así un tercer factor del que pueden depender lenguaje y pensamiento. Los neowhorfianos, como Gumperz y Levinson, proponen que la cultura, a través del lenguaje, afecta al pensamiento, considerando a la lengua como mediadora entre la base social y el pensamiento individual. Autonomistas como Pinker prefieren aceptar que la cultura condiciona el pensamiento más que la lengua, mientras que Everett distingue entre los impactos cognitivos de la cultura y la lengua, atribuyendo la mayor influencia a la cultura. La distinción entre relativismo sociocultural y relatividad lingüística depende de cómo se vea la relación entre lengua y cultura. Una respuesta podría ser la de Whorf al afirmar que la lengua influye más en la cultura y a su vez afecta más al pensamiento individual (Blanco Salgueiro, 2017, p. 38).

Por último, el neowhorfiano J. A. Lucy nos advierte de las posibles consecuencias epistemológicas de la hipótesis de la relatividad lingüística:

Si existe relatividad lingüística, puede crear dilemas reales para el curso de la investigación, ya que los investigadores mismos no están exentos de las influencias lingüísticas. No solo podría haber dificultades a la hora de entender o caracterizar las formas de pensamiento de los que hablan otras lenguas, sino que la generalidad y validez de nuestras propias teorías formuladas, lingüísticamente, quedarían cuestionadas. La relatividad lingüística [...] no caerá solamente *ahí afuera* en el objeto investigado, sino que penetrará *dentro* del proceso mismo de investigación. (Lucy, 1992b: 2-3 citado en Blanco Salgueiro, 2017, pp. 45-46)

De esta manera se presenta la posibilidad de que el propio relativismo lingüístico pueda influir en el estudio mismo de la relación entre lenguaje y pensamiento. Tanto el ejercicio filosófico como el de la ciencia podrían estar influidos por la lengua que uno habla. El origen de este supuesto se encuentra una vez más en Humboldt, que destacó la relación entre la lengua y el pensamiento teórico, señalando que la lengua en la que se piensa puede determinar las formas de razonamiento, influenciando la capacidad de desarrollar conceptos abstractos y teorías filosóficas. Lo cual fue respaldado por los primeros antropólogos quienes consideraban que las lenguas primitivas, al carecer de términos abstractos, no eran aptas para fines científicos. Este aparente etnocentrismo fue respondido por Whorf que sostenía que las lenguas como la de los hopi permitían una

forma de pensar teóricamente sofisticada, siempre que existieran las condiciones adecuadas para ello.

Por otra parte, Austin defendió que el filósofo debe partir de las distinciones comunes que se encuentran en el lenguaje cotidiano, las cuales han sido comprobadas en la práctica y sirven a la comunidad. No obstante, el filósofo puede modificar, eliminar o complementar esas distinciones del lenguaje ordinario para fines teóricos más profundos (Blanco Salgueiro, 2017, p. 43). Esta postura sugiere una relatividad lingüística débil, que implica que la lengua influye y sesga el pensamiento, pero no lo determina por completo. En este sentido, la filosofía no está determinada por la lengua en la que se formula, sino que es influenciada por ella de manera moderada. Los filósofos del análisis lógico pensaban que las lenguas naturales están plagadas de trampas y que una lengua lógica más precisa podría evitar malas filosofías y “aberraciones ontológicas”. Russell, con su teoría de las descripciones, ejemplificó cómo la claridad cognitiva podría disolver las entidades filosóficas confusas, y Feuer criticó la idea de la *determinación lingüística* del pensamiento teórico, argumentando contra Russell que no se puede afirmar que el tipo de filosofía practicada esté condicionada por la lengua que se habla. Para Feuer, es posible hacer la misma filosofía en diferentes lenguas, y en una misma lengua se pueden practicar filosofías muy diversas (Blanco Salgueiro, 2017, pp. 44-45).

Para finalizar, aceptar una relatividad misma del pensamiento teórico puede llevarnos a un cuestionamiento de la objetividad y validez universal del pensamiento, ya que un relativismo determinista de esa envergadura supondría, como ya hemos dicho, un sesgo del pensamiento teórico por parte de la lengua practicada.

## **4. Conclusión**

En el debate sobre la relatividad lingüística es común encontrar tácticas argumentativas cargadas de descalificaciones, recursos retóricos dudosos e incluso falacias. Las posturas adoptadas suelen derivar a una exageración de las diferencias, o también a simplificar o distorsionar los puntos de vista contrarios y a rechazar de entrada las posiciones más moderadas.

Una estrategia habitual entre quienes niegan el impacto del lenguaje en el pensamiento consiste en reducir el concepto de lenguaje a su aspecto más superficial, como sonidos o letras. Este enfoque busca minimizar la relación entre las palabras y los conceptos que expresan, pero frecuentemente construye un adversario ficticio, ya que los defensores del impacto cognitivo suelen centrarse en aspectos más profundos, como la gramática o la semántica. Si bien algunos estudios consideran la influencia de elementos como la fonética, el enfoque general apunta a estructuras lingüísticas más complejas. Por otro lado, los defensores de la relatividad lingüística a veces enfatizan de forma exagerada el alcance de su tesis, lo que puede hacer que sus postulados parezcan más radicales de lo que realmente son.

El debate también incluye críticas mutuas sobre las falacias en los razonamientos del adversario. Desde el autonomismo cognitivo, por ejemplo, se acusa a los relativistas de argumentar de forma circular, es decir, de pasar de observar diferencias lingüísticas a concluir diferencias cognitivas basándose únicamente en las primeras. También se les reprocha asumir que la correlación entre fenómenos lingüísticos y cognitivos implica una causalidad unidireccional desde el lenguaje hacia el pensamiento, ignorando la posibilidad de causalidad inversa.

Para concluir, cabe decir que el debate tiende a polarizarse en posturas extremas como si solo fueran válidas respuestas absolutas a la cuestión, sin embargo, existe un amplio espectro de posibilidades intermedias. El desafío radica en explorar estas zonas intermedias y adoptar metodologías más rigurosas, que permitan formular tesis más cautelosas y evitar distorsiones interesadas. Aceptar la diversidad léxica potencial y analizar su relevancia para el pensamiento individual podría ser un enfoque más productivo. En este sentido, los ataques entre las partes, aunque incómodos, pueden fomentar una mayor precisión en los estudios y un avance en el entendimiento del impacto del lenguaje en la cognición.

## **Bibliografía**

- Lafont, C. y Peña, L. (1999). La tradición humboldtiana y el relativismo lingüístico. En, M. Dascal (Ed.), *Filosofía del lenguaje II* (pp. 191-218). Trotta.
- Casado Velarde, M. (2010). Capítulo 5. Etnografía del lenguaje: nivel universal. En *Lenguaje y Cultura* (pp. 53-59). Síntesis.
- Blanco Salgueiro, A. (2017). *Relatividad lingüística. (Variaciones filosóficas)* (pp. 15-59). Akal Lingüística.